

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 11, 1-10): *Juzgará a los pobres con justicia.*

Salmo (71, 1-2.7-8.12-13.17): *«Que en sus días florezca la justicia, y la paz abunde eternamente»*

2ª lectura (Romanos 15, 4-9): *Acogeos mutuamente como Cristo os acogió.*

Evangelio (Mateo 3, 1-12): *Preparad el camino del Señor.*

Dos profetas y un apóstol nos hablan hoy acerca de aquel que es el cumplimiento de la promesa divina para Israel y para todas las naciones. Dos profetas, separados por siglos en el tiempo, pero unidos en la esperanza del Reino de Dios que ya se acerca. En los textos que se nos proclaman tenemos un perfil que no es fruto de buenos deseos, sino de fe y de la esperanza de todo un pueblo. Isaías nos ofrece algunos rasgos que resultarían enigmáticos si solo se diera una lectura superficial a sus palabras. Nos dice: **«Brotará un renuevo del tronco de Jesé, un vástago que florecerá de su raíz».**

La monarquía israelita había ido de tropiezo en tropiezo y, como en muchos otros sistemas políticos, el pueblo ya se había cansado de esperar a un dirigente que fuera de veras “bueno”, a aquel que hiciera realidad las expectativas frustradas con el paso de los años, alguien que de veras valiera la pena. Es necesario recordar que Jesé era el padre del rey David, el prototipo de los reyes de Israel. Isaías habla ahora de un renuevo, de un vástago nuevo que surgirá del mismo tronco. Se trata, por tanto, de un personaje regio que, a diferencia de los demás, guiará al pueblo hacia la paz social y cósmica.

Lo que el profeta anuncia es: llegará un rey de veras que busque la justicia para el pobre y el desamparado, alguien que, poseyendo el poder, juzgará verdaderamente según la Ley y no según las apariencias. Un vástago de David que permitirá que el Espíritu de YHWH repose sobre él. Alguien que dejará que Dios lo llene de sabiduría y de inteligencia. Uno que no pondrá en sí mismo la confianza, sino en el Dios que le regala con espíritu de consejo y fortaleza. Uno que no hará temblar a los demás, sino que se acogerá con humildad al Dios soberano con espíritu de piedad y de temor reverencial.

Dios le dice a su pueblo, en palabras de Isaías, que Él si tiene memoria y que renueva su pacto a través de un ungido que no está en la línea de los demás ungidos que hasta entonces habían conocido. Los violentos y los impíos no podrán sostenerse ante este mesías de justicia y fidelidad, mientras que el pobre y el desamparado podrán ver en él el reflejo de la identidad divina: justicia y equidad.

Los cristianos adivinamos en esas palabras del profeta los rasgos característicos de Jesús de Nazaret, el renuevo del tronco de Jesé que se alza como estandarte para todos los pueblos, aquel a quien buscan las naciones, aunque lo hagan a tientas y en medio de tinieblas. Con él se ha de establecer el Reinado de Dios.

Cuando él llegue, YHWH será de veras el que reinará. Juan Bautista lo tiene ya muy cerca. Es consciente de su propio poder de atracción a través del anuncio que realiza, pero reconoce bien su papel: **«Yo bautizo con agua, pero el que viene después de mí es más fuerte que yo y yo ni siquiera soy digno de quitarle las sandalias».** La obra de quien Juan llama “uno más fuerte que yo” es la de sumergirnos en Espíritu Santo y fuego. Como el mesías anunciado por Isaías, también este personaje juzgará, pero tampoco lo hará por las apariencias. Si bien el Bautista no habla de los violentos e impíos, si hace referencia a los que son “de paja”, ya que estos no resistirán la prueba del bautismo de fuego, mientras que “el trigo” tiene un lugar seguro en el granero divino.

Pablo en su carta a los romanos nos invita a conocer las escrituras, fuente de consuelo y paciencia y que, además, nos ayuda a mantener firme la esperanza. La fe en Dios y la fidelidad al Espíritu de Cristo Jesús nos impulsan a los cristianos a “vivir en perfecta armonía unos con otros” para alabar a Dios con un solo corazón y una sola voz. Estamos aún muy lejos de **«acogernos unos a otros como Cristo nos acogió».**

Las diferencias religiosas, las brechas económicas, los estratos sociales, los abismos educativos, las rupturas y separaciones étnicas, las divisiones políticas, las discriminaciones y marginaciones de todo tipo siguen siendo piedras de tropiezo en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad. En principio “*todos somos iguales*”, pero solo en principio... porque a fin de cuentas estamos muy lejos unos de otros y, además, muchas veces nos descubrimos con pocas ganas de estrechar las distancias que nos separan.

Al avanzar en nuestro tiempo de Adviento, las voces de los profetas se vuelven más acuciantes. No hay lugar para la paja en el Reino de Dios, no hay lugar para la inequidad y la injusticia, no hay lugar para la violencia y la impiedad, no hay lugar para la infidelidad... Que llegue a nosotros el Reinado de Dios, que irrumpen la paz, la justicia y la fidelidad en nuestro mundo, que vayamos con alegría al encuentro de Jesús, el más fuerte, para dejar que nos sumerja en su Espíritu Santo y en el fuego transformador.

¡Vástago del tronco de Jesé, Jesús Mesías, ven en nuestra ayuda! ¡Ven, Señor Jesús, no tardes! ¡Ven a salvarnos!